

ELLEN MARIE  
WISEMAN

*El secreto  
de las  
hermanas  
Blackwood*



bóveda

Título original: *The Life she was Given*  
Editado en USA por Kensington Publishing Corp

Primera edición: 2018

© Ellen Marie Wiseman, 2017  
© traducción: Mado Martínez, 2018  
Translation rights arranged by Sandra Bruna Agencia Literaria, SL  
© de esta edición: Algaida, 2018  
Avda. San Francisco Javier 22  
41018 Sevilla  
Teléfono 95 465 23 11. Telefax 95 465 62 54  
[www.editorialboveda.com](http://www.editorialboveda.com)  
ISBN: 978-84-16691-74-6  
Depósito legal: SE. 2420-2017  
Impreso en España-Printed in Spain

Reservados todos los derechos. El contenido de esta obra está protegido por la Ley, que establece penas de prisión y/o multas, además de las correspondientes indemnizaciones por daños y perjuicios, para quienes reprodujeren, plagiaren, distribuyeren o comunicaren públicamente, en todo o en parte, una obra literaria, artística o científica, o su transformación, interpretación o ejecución artística fijada en cualquier tipo de soporte o comunicada a través de cualquier medio, sin la preceptiva autorización.

## ÍNDICE

CAPÍTULO 1. Lilly .....	11
CAPÍTULO 2. Julia .....	28
CAPÍTULO 3. Lilly .....	41
CAPÍTULO 4. Julia .....	57
CAPÍTULO 5. Lilly .....	60
CAPÍTULO 6. Julia .....	87
CAPÍTULO 7. Lilly .....	95
CAPÍTULO 8. Julia .....	119
CAPÍTULO 9. Lilly .....	134
CAPÍTULO 10. Julia .....	157
CAPÍTULO 11. Lilly .....	167
CAPÍTULO 12. Julia .....	185
CAPÍTULO 13. Lilly .....	194
CAPÍTULO 14. Julia .....	212
CAPÍTULO 15. Lilly .....	220
CAPÍTULO 16. Julia .....	244
CAPÍTULO 17. Lilly .....	251
CAPÍTULO 18. Julia .....	255
CAPÍTULO 19. Lilly .....	265

CAPÍTULO 20. Julia	274
CAPÍTULO 21. Lilly	281
CAPÍTULO 22. Julia	293
CAPÍTULO 23. Lilly	314
CAPÍTULO 24. Julia	327
CAPÍTULO 25. Lilly	333
CAPÍTULO 26. Julia	337
CAPÍTULO 27. Lilly	342
CAPÍTULO 28. Julia	376
CAPÍTULO 29. Lilly	384
CAPÍTULO 30. Julia	389
CAPÍTULO 31. Lilly	396
CAPÍTULO 32. Julia	406
CAPÍTULO 33. Lilly	425
CAPÍTULO 34. Julia	438
NOTA DE LA AUTORA	443
AGRADECIMIENTOS	445

*A Benjamin y Jessica.  
Sois mi mayor logro.  
Os amo más allá de las palabras.*



## CAPÍTULO 1

### LILLY

*Julio de 1931  
Blackwood Manor Horse Farm  
Debbin's Corner, Nueva York*

LILLY BLACKWOOD, DE NUEVE AÑOS, SE PLANTÓ EN LA buhardilla del ático de Blackwood Manor por milésima vez, deseando que la ventana se abriera y poder así oler el aire fresco. Al día siguiente sería su cumpleaños y no podía pensar en un regalo mejor que aquel. Seguramente, papá le traería un vestido nuevo y otro libro cuando volviera de Pensilvania, pero había estado lloviendo y quería saber si afuera se estaba igual que adentro. Se preguntó si las gotas de lluvia habrían impregnado el ambiente de suavidad y frescura, como le pasaba al agua cuando se daba un baño de esponja. ¿O afuera también estaría el aire caliente y pegajoso como el de su cuarto? Le había pedido cientos de veces a mamá que cambiara la ventana por otra que pudiera abrir, y quitar aquella reja enroscada para poder ver mejor, pero mamá, como de costumbre, nunca la escuchaba. Si mamá supiera que papá la dejaba jugar en la otra par-

te del ático cuando ella se iba a misa, papá estaría en apuros. Más que cuando la enseñó a leer; más incluso que cuando le regaló una gata en su tercer cumpleaños. Lilly suspiró, sacó el telescopio por el alfeizar, y arrimó el ojo. Por lo menos era verano y no tenía que rascar el hielo del cristal.

Papá llamaba a aquella hora del día «crepúsculo», cuando el paisaje parecía pintado únicamente con dos colores, verde y azul. La hilera de pinos al otro lado del establo, pasando por los prados donde jugaban los caballos, parecía hecha del mismo fieltro que Lilly usaba como mantas para las muñecas. Las sombras, cada vez más oscuras, estaban por todas partes.

Fue deslizándose por el borde del bosque buscando al ciervo que había visto el día anterior. Ahí estaba el sauce torcido; la roca junto al arbusto que el invierno pasado se puso roja; el tronco quebrado junto a la valla de piedra; y ahí estaba la... Paró y volvió con el telescopio a la valla. Había algo diferente al otro lado del bosque, cerca de las vías del tren que atravesaban el lejano prado. Apartó el telescopio del ojo, parpadeó, miró nuevamente y jadeó. Le silbó el pecho, como cada vez que se ponía nerviosa.

Había una serie de luces azules, rojas, amarillas y verdes, como las que papá colgaba en su cama en Navidades, colgando sobre una gigantesca casa de tela. Había otras luces rodeando más casas con forma de fantasmillas regordetes. Lilly no pudo distinguir las palabras, pero también había señales con letras iluminadas por bombillas de colores. Las banderas ondeaban desde lo alto de sus postes, y una línea de luces amarillas flotaba a lo largo de las vías del ferrocarril. Parecían las ventanas de un tren que estuviera detenido. Uno de los largos.

Lilly dejó el telescopio, esperó a que sus pulmones dejaran de silbar, fue a la estantería y cogió su libro ilustrado favorito. Pasó las páginas hasta encontrar lo que estaba buscando





—un colorido dibujo de una tienda a rayas rodeada de vagones, caballos, elefantes y payasos—. Se apresuró de vuelta a la ventana para comparar la forma de la tienda del libro con la casa brillante del otro lado del bosque.

Estaba en lo cierto.

Era un circo.

Y podía verlo.

Normalmente, las únicas cosas que podía ver a través de su ventana eran caballos y pastizales, y a papá trabajando junto a su ayudante junto a las vallas blancas, o el establo amarillo de los caballos. A veces, mamá paseaba cruzando los pastos hasta el establo, con su larga melena rubia arrastrándose tras ella como un velo. Otras veces, los camiones paraban a la entrada del establo y el ayudante de papá subía y bajaba los caballos de los remolques o descargaba sacos y balas de heno. Una vez, dos hombres vestidos con ropas anchas —papá los llamó gandules— se encaminaron hacia la entrada, donde el ayudante de papá salió a recibirlos con la escopeta. Cuando Lilly tenía suerte, podía ver a los ciervos asomando por el bosque, o a los mapaches corriendo a lo largo de la valla en dirección al cobertizo, o el tren acercándose por las vías. Y si pegaba la oreja a la ventana, el ruido de la maquinaria del tren o el pitido del silbido llegaban hasta ella atravesando el cristal.

Pero ahora había un circo ahí fuera, al otro lado de la ventana. ¡Un circo de verdad, en ese mismo instante! Por primera vez en su vida, estaba viendo algo diferente y lo estaba viendo en vivo, no en un libro ilustrado. Se puso muy contenta, pero al mismo tiempo, también se puso triste. Si no se hubiera pasado la tarde leyendo, habría podido ver cómo descargaban las cosas del circo en la parada del tren; podría haber visto cómo traían las tiendas; podría haber visto los elefantes, las cebras y los payasos. Ahora estaba demasiado oscuro para ver nada salvo las luces.

Dejó el libro y contó los travesaños de la ventana. A veces contar la hacía sentirse mejor. Uno, dos, tres, cuatro, cinco. Nada. No funcionaba. No podía dejar de pensar en lo que se había perdido. Apretó la oreja contra el cristal. A lo mejor podía oír los gritos del director o la música del circo. Pero lo único que oyó fue el pitido de su pecho y los latidos acelerados del corazón.

En el alféizar de la ventana, su gata, Abby, se despertó y parpadeó con somnolencia. Rodeó con el brazo al atigrado felino anaranjado, atrayéndola hacia sí, y hundiendo su nariz en el suave pelaje del animal. Abby era su mejor amiga y la gata más lista del mundo. Podía apoyarse en sus patitas traseras para dar besitos y levantar la zarpita para tocarla y llamar su atención. Incluso podía saltar a la cama de Lilly o bajarse de ella cuando se lo pedías.

—Apuesto a que mamá irá al circo —dijo Lilly— porque la gente no le tiene miedo, así que ella no tiene por qué preocuparse de eso.

La gata ronroneó.

*¿Cómo será el hombre elefante?, se preguntó Lilly. ¿Qué se sentirá al tocarle la piel arrugada y quedarte mirando esos ojos marrones y grandotes? ¿Y montar en el caballo rosa y blanco de un carrusel? ¿Cómo será? ¿O caminar entre la gente, comer cacahuets y algodón de azúcar? ¿Y ver un espectáculo de leones auténtico, en vivo y en directo?*

Había noches en las que, tras apagar las luces y acurrucarse en la cama, los pensamientos salían de su mente abandonando la habitación, corriendo escaleras abajo. Había leído bastantes libros como para saber que la casa tenía más de una planta, y se



imaginaba a sí misma escabulléndose por el ático, encontrando una escalera, abriéndose paso por las plantas inferiores de Blackbood Manor, y saliendo por la puerta principal.

Se imaginó allí fuera, con los pies sobre la tierra, respirando profundamente, oliendo a algo más que madera vieja, telarañas y polvo caliente, para variar.

Durante las visitas semanales de papá, uno de sus juegos favoritos consistía en adivinar a qué olía su ropa. A veces olía a caballos y heno; otras veces a betún o humo, pan horneado o... ¿Cómo se llamaba esa cosa que se suponía que era una mezcla de limones y cedro? ¿Colonia? Bueno, fuera lo que fuese, olía bien.

Papá le había hablado mucho del mundo exterior. También sabía cómo era por lo que había leído en los libros, pero no tenía ni idea de lo que era sentir la hierba entre los dedos, ni cómo era el tacto de una corteza. Sabía que las flores eran aromáticas porque su padre le traía un ramillete cada primavera, pero se moría por pasear a través de un campo de margaritas y dientes de león y poder sentir la tierra y el rocío en los pies descalzos. Quería oír a los pájaros cantando y escuchar el viento. Quería sentir la brisa y el sol sobre su piel. Había leído todo lo que se podía leer sobre plantas y animales, podía recitar el nombre de cada uno de ellos si era necesario, pero al margen de Abby y el ratón que había visto correr por el zócalo aquel invierno, jamás había visto ningún otro animal de cerca.

Su otro juego favorito era escoger un lugar en el atlas y leer todo lo que pudiera sobre él para, seguidamente, planear un viaje hasta quedarse dormida, decidiendo qué hacer y dónde ir cuando estuviera allí. Su lugar favorito era África, donde se imaginaba corriendo con los leones, los elefantes y las jirafas. A veces imaginaba que rompía la ventana de la buhardilla, se arrastraba hasta el tejado y se deslizaba hacia abajo por un late-

ral de la casa, escapando furtivamente hasta el establo para ver los caballos. Y es que por todo lo que había visto y leído, eran sus animales favoritos, aparte de los gatos, por supuesto. No es sólo porque fueran fuertes y hermosos, sino porque podían tirar de remolques, trineos y arados. Dejaban que la gente los montase y podían encontrar el camino de regreso a casa si se perdían. Papá decía que los caballos de Blackwood Manor estaban demasiado alejados de la ventana del ático, así que Lilly los bautizó con nombres de su propia invención: Gypsy, Eagle, Cinnamon, Magic, Chester, Samantha, Molly y Candy. Cómo le habría gustado acercarse a ellos, acariciarles las crines y cabalgar sobre sus lomos por los prados. Si esos estúpidos barrotes de la ventana que mamá decía que eran por su propio bien no estuvieran ahí... Entonces recordó la advertencia maternal, y sus sueños se convirtieron en pesadillas.

—Esos barrotes son para protegerte —le había dicho su madre en más de una ocasión—. Si alguien se atreviera a entrar y te viera se asustaría, y trataría de hacerte daño.

Cuando Lilly le preguntó por qué tendrían que tener miedo de ella, mamá le dijo que era porque era un monstruo, una abominación. Lilly no sabía lo que era una abominación, pero sonaba mal. Bajó los hombros y suspiró en mitad de la quietud de su habitación. No habría circo para ella. Ni ahora ni nunca. Jamás podría salir del ático. El único modo en el que podría ver el mundo sería a través de los libros. Papá decía que afuera el mundo tampoco es que fuera una maravilla, como ella creía, y que debía estar agradecida y feliz por tener una cama caliente y comida que echarse a la boca. Había mucha gente que no tenía casa ni trabajo, y tenían que hacer cola para que les dieran un trozo de pan y algo de sopa. Le contó algo sobre bancos y dinero, y no sé qué crisis financiera, pero ella no entendió ni jota. Y tampoco la hizo sentir mejor, la verdad.



Rodeó a Abby entre sus brazos y se sentó en la cama de hierro que había medio escondida debajo de un rincón de papel pintado de un cielo azul redondeado. La lámpara de su mesilla de noche proyectaba sombras alargadas sobre el suelo de madera, lo cual significaba que pronto oscurecería y sería hora de apagar la luz. No quería olvidarse de apagarla. De lo contrario, tendría que aguantar las monsergas de mamá, siempre con la misma cantinela. Le había dicho más de cien veces que si alguien veía luz en su habitación y la descubría allí se la llevarían lejos y nunca más volvería a verlos. Pero la semana anterior hubo una noche que se olvidó de hacerlo porque había empezado a leer un libro nuevo y se había quedado durmiendo.

Dejó a la gata en la cama y examinó las cicatrices de sus dedos. Papá tenía razón, la loción estaba surtiendo efecto. ¡Pero hay que ver cómo quemaba la llama de la lámpara de mamá!

—La letra con sangre entra —había dicho mamá.

Lilly estuvo a punto de preguntarle si la Biblia decía algo sobre aquello de la letra con sangre entra, pero al final no se atrevió. Se suponía que debía saber lo que decía la Biblia.

—Me pregunto que haría mamá si supiera que me paso el día leyendo los libros de papá en lugar de esa vieja Biblia —le dijo a Abby.

La gata restregó el hocico contra el brazo de Lilly. Después se hizo un ovillo y se volvió a dormir.

Cogió la Biblia de la mesilla de noche —no se habría atrevido a ponerla en ningún otro lugar—, movió el punto de lectura hasta situarlo unas cuantas páginas más adelante, y volvió a dejarla en el mismo sitio. Mamá solía revisar cuánto avanzaba la lectura, y si el marcapáginas no se movía, empezaban los problemas. De acuerdo a su madre, la Sagrada Biblia y el crucifijo que había colgado en la pared sobre su cama eran las dos únicas cosas que necesitaba para ser feliz.

El resto de cosas que había en la habitación eran cosa de papá: la mesa de mimbre para las fiestas de té, con tapete de encaje, su bandeja de plata y sus tazas de porcelana, la mecedora a juego y el osito de peluche que había sentado en el taburete acolchado de color azul junto al armario; la casa de muñecas con los muebles en miniatura y sus muñequitas; la maqueta de la granja de animales asomando desde la balda superior de la biblioteca, con aquellas caras que parecía que se iban a poner a cantar de un momento a otro; tres muñecas de porcelana con vestidos de encaje en un cochecito de bebés, de esas que tenían ojos que se abrían y se cerraban. Y, por supuesto, la biblioteca llena de libros. Hubo un tiempo en que parecía que no había cosa en el mundo que papá no fuera capaz de darle, hasta que leyó *Blancanieves* y le pidió un espejo.

A veces, en mitad de la noche, cuando estaba segura de que todo el mundo estaba durmiendo y no había más que una oscura negrura al otro lado de la ventana, encendía la luz y estudiaba su reflejo en el cristal. Lo único que veía era una máscara fantasmagórica y borrosa devolviéndole la mirada, con los barros rizados serpenteando sobre su piel. Observaba aquel reflejo blanco detenidamente, se tocaba la frente, la nariz y las mejillas, intentando hallar lo grotesco, o el trozo que faltaba, pero todo parecía encajar a la perfección. Cuando le preguntaba a papá qué había de malo en ella, le decía que para él era muy hermosa y eso era lo único que importaba.

Pero ponía ojos cómicos cuando lo decía, así que no creía que dijera la verdad. Pobre de él si mamá llegaba a enterarse alguna vez, porque su madre siempre decía que mentir era pecado.

Por suerte para él, ella nunca le delataría. Papá le había enseñado a leer y escribir, a hacer sumas y restas. Fue él quien decoró las paredes de su habitación con el papel pintado rosa, y



era él quien le traía vestidos y zapatos cuando los que tenía se le quedaban pequeños. Traía comida para Abby y dejaba que Lilly fuera a la otra parte del ático para que pudiera estirar las piernas. Una vez, hasta trajo un fonógrafo para enseñarle a bailar el charlestón y el tango, pero ella se ahogó de cansancio y tuvieron que parar. Le encantaba la música. Le suplicó que dejara el fonógrafo en su habitación pero tuvo que llevárselo de vuelta abajo, y es que si mamá se hubiera llegado a enterar de que lo había cogido, se habría puesto hecha una furia.

Lo único que su madre le llevaba era comida y cosas de primera necesidad, pero no regalos. Entraba en la habitación de Lilly cada mañana, menos cuando se olvidaba, portando una bandeja con tostadas, huevos, sándwiches, manzanas y galletas que debía comerse a lo largo del día. Le llevaba jabón y toallas limpias, y le recordaba que rezase antes de cada comida. Se quedaba en la puerta cada noche con su manojo de llaves en las manos y esperaba a que Lilly se arrodillase frente a su cama y le pidiera a Dios que perdonase sus pecados, y le diera las gracias por darle una madre que cuidaba tan sumamente bien de ella. Y aparte de eso, no entraba en su habitación para nada más, ni para hablar ni para pasar un rato divertido. Nunca decía «Te quiero», como hacía papá. Lilly jamás olvidaría el día de su séptimo cumpleaños, cuando sus padres discutieron al otro lado de la puerta.

—La estás convirtiendo en una niña mimada con tanto regalo —dijo mamá—. Le das tanto que es hasta pecaminoso.

—No le hago mal a nadie —contestó papá.

—Da igual, necesitamos dejar de gastar tanto dinero.

—Los libros no son tan caros.

—Tal vez no, pero ¿y si empieza a hacer preguntas? ¿Qué pasará si de repente quiere bajar y salir fuera? ¿Serás tú quien le diga que no?

Al principio, papá no dijo nada y a Lilly le dio un vuelco el corazón. A lo mejor la llevaba afuera, después de todo. Pero luego se aclaró la garganta y dijo:

—¿Y qué más se supone que va a hacer ahí dentro? Lo menos que podemos hacer es celebrar su cumpleaños, como lo haría cualquier padre. Qué culpa tiene ella de...

—¿Ah, no? ¿Entonces de quién es la culpa? ¿Mía? —gritó mamá.

—No iba a decir eso —dijo papá—. No es culpa de nadie. A veces estas cosas pasan.

—Bueno, si me hubieras escuchado desde el principio no habríamos... —hizo un ruido gracioso, como si las palabras se le hubieran quedado atascadas en la garganta.

—Todavía es nuestra hija, Cora. Aparte de *eso*, es una niña perfectamente normal.

—No hay nada normal en esa cosa que hay al otro lado de la puerta —dijo mamá con la voz quebrada.

—Eso no es verdad —dijo papá—. Hablé con el doctor Hillman y dijo...

—Oh, Dios mío... ¡Dime que no lo has hecho! ¿Cómo has podido traicionarme así? —Rompió a llorar.

—Oye, oye, cariño, que no se lo he dicho a nadie. Sólo le pregunté si alguna vez había visto...

Los hipidos de mamá ahogaron sus palabras y sus pasos se dispersaron por el ático.

—¡Espera, cariño! —exclamó papá.

Al día siguiente Lilly dejó de rezar antes de cada comida pero no se lo dijo a su madre, claro está. Desde entonces, la desobedeció de todas las formas posibles. Por ejemplo, mamá siempre decía que no estaba bien mirarse el cuerpo desnudo, obligándola a cerrar los ojos durante el baño semanal hasta que tuvo edad suficiente para bañarse sola. Ahora se miraba de arri-





ba abajo, los brazos y piernas lechosas, examinándose el torso blanquinoso y los pezones rosados. Después se sentía medio avergonzada pero de ningún modo estaba siendo mala a propósito. Lo que quería era averiguar qué es lo que la convertía en un monstruo. Lo único que sabía con certeza es que su aspecto era diferente al de sus padres. Mamá tenía el cabello rubio rizado y la piel rosada; papá tenía un bigote negro, el pelo moreno y la piel bronceada; pero su piel era blanca como el polvo, y sus largos cabellos lacios tenían el color y la textura de las telarañas. Era como si Dios se hubiera olvidado de darle color. ¿Era eso lo que la convertía en un monstruo? ¿O había algo más?

Se puso el camisón, trepó hasta su cama y apagó la luz, con la esperanza de ver algo más del circo al día siguiente. Entonces se dio cuenta de que mamá no había subido para asegurarse de que decía sus oraciones.

Lilly se enroscó junto a Abby y la atrajo hacia sí.

—Probablemente está en el circo —dijo, cerrando los ojos.

A la noche siguiente, después de que Lilly viera el circo por primera vez a través de su ventana, el traqueteo de una llave en la puerta la despertó con un sobresalto. Se incorporó y encendió la luz de la mesilla de noche. Se quedó quieta, con los dedos inmóviles todavía sobre el interruptor. Era medianoche y como mamá advirtiera la luz se la iba a cargar. A lo mejor había descubierto que se había pasado el día entero mirando el circo con su telescopio en lugar de arreglar el cuarto y leer la Biblia. El circo aparecía como una cosa diminuta al final del telescopio y no podía apreciar mucho detalle, pero por mucho que mamá la riñera, había merecido la pena ver cómo conducían los elefantes y las jirafas a la carpa. Vaya que si había merecido la pena, ver a toda aquella multitud de gente, y la caravana de vagones,

payasos y artistas enfundados en sus ropas circenses. Había sido el día más emocionante de su vida, y nada podía arruinarlo. Apartó la mano de la lámpara y, uno a uno, fue tocándose los dedos con los pulgares. Uno, dos, tres, cuatro. La puerta se abrió y mamá, candil en mano, se deslizó hacia el interior. Lilly sintió un espasmo en el estómago nada más verla entrar. Nunca venía a su habitación tan tarde. A los pies de la cama, Abby alzó la cabeza peluda, tan sorprendida como ella por estar viendo allí a mamá.

Mamá —papá decía que su verdadero nombre era Coralline— era una mujer alta y hermosa, y siempre llevaba el pelo recogido. El anillo de casada de la mano izquierda era la única joya que lucía, y siempre iba con faldas sencillas y zapatos discretos en nombre de la modestia y para gloria de Dios. Papá decía que se reservaba los mejores vestidos y las mejores pieles para los días en los que salía a cenas y fiestas importantes, pero sólo por saciar las expectativas del mundo exterior. Lilly no entendía por qué había cambiado su forma de vestir, pero papá decía que no pasaba nada. Una vez, su padre le había enseñado una fotografía de mamá en la que salía tan arreglada y elegante que creyó que se trataba de otra persona.

A papá le gustaba contarle cómo fue la primera vez que vio a mamá, entre el establo y el corral, sentada sobre un barril, mientras observaba los caballos que jugaban por el prado. Su padre, un pastor pentecostal retirado que siempre había soñado con criar caballos, había ido a Blackwood Manor para comprar un semental. Papá pensó que aquella chica era la más guapa que había visto en su vida. Pero pasaron seis meses antes de conseguir que le dirigiera la palabra, y otros seis meses más para que aceptase salir a cenar con él. Por algún motivo, los padres de mamá no se fiaban de papá. Pero con el tiempo empezaron a salir a pasear por los manzanares cogidos de la mano; luego se



casaron. Cuando papá llegaba a esa parte de la historia se le ensombrecía el rostro de tristeza; decía que mamá lo pasó mal al tener que hacerse mayor de repente.

Y allí estaba ahora mamá, en la habitación de Lilly, con un vestido estampado de flores y tacones rosas. Llevaba los labios pintados de rojo y un sombrero amarillo. Lilly no podía dejar de mirarla. Nunca había visto a mamá vestida así, al menos no en persona. Tenía las mejillas sonrojadas y respiraba con dificultad, como si hubiera subido las escaleras corriendo.

A Lilly se le revolvió el estómago. Se suponía que papá regresaba de Pensilvania al día siguiente. Le había prometido que habría regalos de cumpleaños. Una vez le dijo que no debía tener miedo cuando él y su madre salían por ahí porque su ayudante estaba siempre abajo por si alguien llegaba pidiendo un caballo. Si «algo» malo llegara a sucederles, el ayudante tenía el encargo de abrir una carta que había en el escritorio del despacho de papá. Encontraría a Lilly en el ático y sabría qué hacer. Lilly no estaba segura de a qué se refería con «algo» pero sabía que no era nada bueno. ¿Y si mamá había venido a anunciarle que a papá le había pasado «algo» y nunca más volvería?

Lilly se pasó la lengua por la dentadura contándose los dientes, aguardando a que mamá hablara. Uno, dos, tres, cuatro...

Mamá sonrió.

Mamá nunca sonreía.

—Tengo una sorpresa para ti —dijo.

Lilly parpadeó. No sabía qué decir. El de las sorpresas era papá, no ella.

—¿Dónde está papá? —logró preguntar.

—Vístete —dijo ella—. Deprisa, no tenemos mucho tiempo.

Lilly se destapó retirando las sábanas y salió de la cama. Abby se levantó y se estiró las patas delanteras hollando las mantas con las uñas.

—¿Va a venir alguien a verme? —preguntó Lilly.

Aparte de sus padres, jamás había entrado nadie más en su habitación. Hubo un invierno en el que cayó enferma y papá quiso llamar a un médico pero mamá se negó arguyendo que el doctor se la llevaría y la metería en «algún lugar». Así que en vez de eso, papá se pasó tres días secándole la frente y aplicándole polvo de mostaza y apósitos calientes en el pecho. Nunca olvidaría la cara que puso cuando le preguntó al despertar:

—Papá, ¿qué es «algún lugar»?

—Un hospital para gente enferma —contestó—. Pero no te preocupes, tú vas a estar aquí con nosotros.

Mamá la observó mientras cogía el vestido que había sobre el respaldo de la silla. A Lilly le fallaban las piernas. ¿Y si alguien se había propuesto llevarla a «algún lugar»?

—No, Lilly, no va a venir a verte nadie —dijo mamá riéndose entre dientes.

Lilly miró furtivamente a mamá y sintió un latigazo en el estómago. Mamá nunca se reía. A lo mejor había estado bebiendo de ese extraño líquido que a veces traía papá en una petaca. Lilly no sabía de qué bebida se trataba pero hacía que se le pusieran los ojos vidriosos y que el aliento le oliera divertido. A veces le hacía reír más de lo habitual. ¿Cómo lo llamaba? ¿*Whisky*? No, eso era imposible. Mamá nunca bebería *whisky*. El alcohol era pecado.

—¿Por qué tengo que vestirme, mamá?

—Porque hoy es tu cumpleaños, ¿recuerdas?

Lilly frunció el ceño. Mamá nunca se había preocupado por los cumpleaños.

—Sí —dijo.

—Y estoy segura de que has visto el circo que hay ahí fuera.

Lilly asintió.



—Ahí es donde vamos.

Se quedó mirándola con la boca abierta. El temblor de piernas se volvió más fuerte; y además ahora también le temblaban las manos.

—Pero... ¿Qué...? ¿Qué pasa si alguien me ve?

—No te preocupes, la gente del circo está acostumbrada a ver personas como tú —sonrió—. Y no habrá nadie excepto nosotras dos porque, en contra de mi opinión, tu padre ha insistido en pagar para que el dueño del circo organice una representación especial para ti.

A Lilly se le puso la carne de gallina. Algo no iba bien, no sabía qué. Le echó una mirada a Abby, como si la gata supiera la respuesta. El animal se quedó mirándola con ojos curiosos.

—Papá dijo que no volvería hasta mañana —dijo Lilly.

Mamá seguía sonriendo, pero algo cambió en su mirada. La mitad superior de su cara era la misma que solía poner cuando Lilly se metía en líos. La mitad inferior era la de alguien que no había visto nunca.

—Ha venido esta mañana temprano —replicó.

—¿Y dónde está? —preguntó la pequeña—. Lo primero que hace cuando regresa a casa es venir a verme.

—Nos está esperando en el circo. ¡Venga, date prisa!

—¿Por qué no ha venido a recogerme él? —Nada más pronunciar aquellas palabras supo que no debía haberlas dicho.

Mamá fue hasta ella y levantó la mano con repentina rapidez. Golpeó a Lilly en la mandíbula haciéndola caer al suelo. Abby saltó hacia un lado de la cama y se arrinconó contra la pared con las orejas gachas.

—¡Desagradecida del demonio! —gritó mamá—. ¿Cuántas veces te he dicho que no me contestes?

—Lo siento, mamá. —Lloró Lilly.

Mamá le dio un puntapié.

—¿Qué he hecho yo para merecer esta maldición? —surró—. Arrodíllate y ponte a rezar.

—Pero mamá... —Los sollozos de la niña eran demasiado fuertes. No podía levantarse ni apenas respirar.

Reptó hasta su cama con el pelo colgándole sobre la cara y trató de incorporarse, chirrido en pecho.

—Inclina la cabeza y pide perdón —ordenó mamá.

Lilly juntó las manos debajo de la barbilla y se contó los dedos apretando unos contra otros. *Uno, dos, tres, cuatro.*

—Oh, Señor —dijo—. Por favor, perdóname por cuestionar a mamá, y por hacerle la vida tan difícil con otras cosas. *Nueve, diez*—. A partir de ahora prometo ir por el buen camino. Amén.

—Ahora vístete —dijo mamá—. No tenemos mucho tiempo.

Lilly se puso de pie y se puso las bragas. Le temblaba el pulso. Se quitó el camisón y se encasquetó el vestido. Le dolía el costado, justo donde mamá le había pegado la patada, y llevaba el moco colgando.

—Ese no —repuso mamá—. Busca otro mejor.

Se quitó el vestido y caminó, medio tambaleándose, hasta el armario. Escogió su atuendo favorito, un vestido de raso amarillo con cuello de encaje y volantes en las mangas.

—¿Está bien este? —preguntó, mostrándoselo.

—Servirá. Ponte tus mejores zapatos también. Y cepíllate el pelo.

Lilly se puso el vestido y se ató el lazo a la espalda. Se cepilló el pelo —uno, dos, tres, cuatro cepilladas— y se sentó en la cama para calzarse los zapatos de charol. Abby sorteó las sábanas y se restregó contra su brazo. La niña le propinó una caricia fugaz, se levantó y se quedó parada en mitad de la habitación con las costillas doloridas y el corazón desbocado. Mamá



abrió la puerta y se detuvo tras ella, esperando a que cruzara el umbral.

Había esperado aquel momento toda su vida. Pero ahora, lo que más le apetecía en el mundo era quedarse en el ático. No quería salir. No quería ir al circo. Sintió una opresión en el pecho cada vez más fuerte. A duras penas podía respirar.

—Vamos —dijo mamá con voz dura—. No tenemos toda la noche.

Lilly se abrazó a sí misma y se fue en dirección a la puerta haciendo acopio de aire en sus pulmones. Entonces se detuvo un momento para girarse hacia Abby, que la miraba desde los pies de la cama.

—La gata estará aquí cuando vuelvas —dijo mamá—. Vamos, muévete.